

BENEDICTO XV (1914-1922), IMPULSOR DE LA PAZ EN LOS CAMPOS DE BATALLA DE LA NUEVA EUROPA



ALFREDO VERDOY, SJ

Profesor de la Facultad de Teología de la Universidad
Pontificia Comillas y director de *Razón y Fe*

Benedicto XV sigue siendo el más desconocido de los papas del siglo XX¹. Durante mucho tiempo fue considerado como una figura de no mucho relieve. Sin embargo, no fue así. En vísperas del centenario de su elección (3 de septiembre de 1914), recordamos aquí lo que su pontificado significó para la Iglesia y para la sociedad de aquel tiempo convulso.

Maestro, padre y pastor

I. GIACOMO DELLA CHIESA, SERVIDOR DE LA IGLESIA ANTES DE SER NOMBRADO PAPA

Giacomo della Chiesa nace prematuramente en Génova un 21 de noviembre de 1854. Miembro de una familia aristocrática venida a menos, su niñez y adolescencia no fueron fáciles. Una leve cojera le impidió relacionarse con sus coetáneos. Muy pronto manifestó deseos de ser sacerdote. Su padre, en cambio, pensó que, antes de consagrarse a los estudios sacerdotales, convenía prepararse en los estudios seculares. Alumno de la Facultad de Derecho de su ciudad natal, consiguió el doctorado en 1875. Pese a las penurias económicas de la familia, fue enviado al Colegio Caprónico, es decir, a uno de los más selectos centros de formación de Roma. Sus estudios académicos los llevó a cabo en la Universidad Gregoriana.

Fue educado y formado en la más estricta ortodoxia. Sus formadores y profesores eran todos ellos figuras relevantes; defensores a ultranza de la teología y de la moral católicas. Entre estos, destacaban los padres **Franzelin, Antonio Ballerini**, moralista de prestigio, y **Camilo Mazella**.

Su aplicación intelectual fue coronada con sendos doctorados en Teología (1879) y Derecho Canónico (1880). Fue ordenado sacerdote a los 24 años. Su inteligencia, su capacidad de trabajo y su piedad deslumbraron al exigente monseñor **Mariano Rampolla del Tindaro**, quien le nombró profesor de estilo diplomático en la Academia Eclesiástica Romana, introduciéndolo, además, en la Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios de la Curia romana, de la que Rampolla era secretario.

Cuando en 1883 Rampolla fue nombrado nuncio en Madrid, uno de los que le acompañaron a la capital de España fue el joven Della Chiesa. La inestabilidad política española, la división de la Iglesia y la pobreza

de la España de la Restauración, le acompañaron durante cuatro densos años. Con la vuelta de Rampolla a Roma en 1887, ahora como nuevo secretario de Estado y nuevo cardenal, Della Chiesa comenzó a trabajar en la Secretaría de Estado. Minutante eficaz, prudente y considerado, muy pronto le fueron confiadas misiones diplomáticas en Viena y París.

Con la elección del patriarca de Venecia, **Giuseppe Sarto**, como futuro papa **Pío X**, Della Chiesa vio alternada su línea de trabajo en la Curia vaticana. Su visión de la realidad política italiana, sus discrepancias en torno al principio del *non expedit* de **Pío IX** y sus no muy buenas relaciones con el nuevo secretario de Estado, el cardenal **Rafael Merry del Val**, le crearon algunas dificultades. Con todo, *il piccoletto* –mote medio cariñoso y castigador con el que era conocido– fue nombrado sustituto de la Secretaría de Estado. Eso sí, su nombramiento no fue acompañado por su consagración episcopal.

Con el paso de los meses, el enfrentamiento entre el nuevo secretario de Estado, Merry del Val, con su sustituto Della Chiesa se hizo más que patente. Merry del Val, *il giovannetto*, no veía con buenos ojos ni la categoría ni el buen hacer de su sustituto. En consecuencia, lo mejor era alejarlo de Roma. Durante un tiempo se barajó la posibilidad destinarlo a la Nunciatura de Madrid. Con todo, a finales de 1907, Della Chiesa era consagrado obispo por el mismo Pío X en la Capilla Sixtina y nombrado arzobispo de Bolonia.

Bolonia fue su primer y único destino. Tomó posesión de su diócesis en febrero de 1908. La situación política y económica no eran las mejores. Los católicos, frente a los anticlericales, frente a los partidarios de la unificación total de Italia y, sobre todo, frente a un nuevo socialismo agrario de clara matriz marxista, trataban de ocupar su lugar dentro de una sociedad cada vez más secularizada.

Desde el mismo día en el que tomó posesión de su diócesis, se impuso un fuerte ritmo de trabajo y un duro horario. Su programa de gobierno quedó expresamente claro en una carta pastoral, *Che cos'è l'ufficio del vescovo* (10 de febrero de 1908). No consistía el oficio episcopal en otra cosa que en ser para los cristianos y para todas sus ovejas un buen padre de familia, un buen pastor. Debido al bajo nivel del clero, no tuvo apenas problemas con el

Modernismo; sus sacerdotes tenían muchos más problemas con el celibato y la castidad que con el mundo de las ideas.

Como buen pastor, tras 392 visitas particulares, cien a uña de caballo, concluía en noviembre de 1913 su visita pastoral a una de las mayores y más densamente pobladas diócesis italianas, la suya de Bolonia. Della Chiesa se quedó impresionado del bajo nivel de instrucción religiosa entre sus diocesanos, muy especialmente entre los niños y jóvenes, y del elevado número de matrimonios no eclesiásticos. Para reanimar la nueva evangelización, Della Chiesa organizó una cruzada catequética. Creó un centro catequético en el que se formaron, siguiendo los nuevos métodos pedagógicos del momento,



catequistas, padres, madres y también sacerdotes y religiosos.

Frente al Modernismo y su represión, se mostró sereno y abierto. Trató, frente al peso de las ideas, de favorecer claramente a las personas. En el campo de la política práctica se situó a una cierta distancia del sacerdote **Murri** y de sus partidarios. Frente a la creciente cultura política socialista, prefirió las soluciones alumbradas por **León XIII**; soluciones tachadas por muchos de paternalistas y muy providencialistas. Caridad y firmeza fueron las dos notas más sobresalientes de su pontificado en Bolonia.

En 1913 fue nombrado cardenal. Su nombramiento no debió ser fácil. El secretario de Estado, el cardenal **De Lacy** y hasta Pío X no lo veían nada claro.

II. EL NUEVO PAPA BENEDICTO XV (1914-1922)

Con la muerte de Pío X en agosto de 1914, la Iglesia católica –en opinión de **Pollard**– quedaba descabezada y, aparentemente, sin personas capaces de hacer frente a la fuerte división causada por el Modernismo y de liderar la Iglesia en el nuevo escenario de la Gran Guerra.

El cónclave del que salió elegido como papa el cardenal Della Chiesa tuvo lugar en septiembre. La situación internacional no podía ser peor. Las antiguas potencias con capacidad para el voto, aunque por razones constitucionales no lo podían ejercer, hicieron cuanto les fue posible para impedir –así lo hicieron Austria y Alemania– que los amigos de Rampolla, en este caso Della Chiesa, fuesen elegidos. El cónclave, en consecuencia, fue largo. Tras diez votaciones –aunque, ciertamente, no llegó al cónclave como candidato seguro, su nombre salió en todos los escrutinios–, fue elegido papa el cardenal de Bolonia. Al final, después de que se despejasen algunas malintencionadas sospechas del cardenal De Lacy, quien afirmaba que el neopapa, en contra de lo establecido, se había nominado así mismo, aceptó la elección. La línea iniciada por León XIII y respaldada por Rampolla iba a ser continuada por Della Chiesa.



Desfile por la intervención estadounidense en la I Guerra Mundial

El archiduque Francisco Fernando, cuyo asesinato encendió la chispa del conflicto

Nadie esperaba que eligiese el nombre que eligió: Benito. Benito, como el fundador de los benedictinos; Benito, como uno de su doblemente predecesor en Bolonia y en el Vaticano, el papa **Benedicto XIV** (1740-1758). Por modestia y por respeto al luto europeo, su coronación fue muy humilde y sencilla. Frente a la grandiosidad de San Pedro, prefirió la belleza y la intimidad de la Capilla Sixtina.

A los pocos días de ser elegido, el 6 de septiembre de 1914 saludaba a la cristiandad con hondos deseos de paz: “Tan pronto como desde esta Sede Apostólica hemos echado una mirada sobre el rebaño confiado a nuestro cuidado, hemos sido sacudidos por el horror y la angustia inefables a causa del espectáculo monstruoso en que gran parte de Europa se encuentra devastada por la guerra de fuego y metralla, esparciendo sangre cristiana. Nos hemos recibido de Jesucristo, Buen Pastor, cuyo lugar representamos en la Iglesia, el deber de abrazar con amor paternal a todos aquellos corderillos y ovejas de Su rebaño. Ya que, a ejemplo del Señor, debemos estar dispuestos, y así los estamos, a dar nuestra vida para la salvación de todos, hemos decidido firmemente no dejar ocasión alguna, si está en Nuestro poder, para conseguir el final de esta gran calamidad” de 1914².

Dos días después, el 8 de septiembre, volvía sobre lo mismo. La oración,

el dolor de las víctimas y el esfuerzo conjunto de todos los contendientes por parar la guerra se constituyeron en los tres ejes sobre los que se vertebraría su ministerio apostólico de la paz. Sus más estrechos colaboradores en este esfuerzo fueron su secretario de Estado, **Pietro Gasparri**, y el diplomático vaticano monseñor **Buenaventura Cerretti**³.

III. EL PAPA DE LA PAZ

El 1 de noviembre de 1914 publicó su primera encíclica, la *Ad beatissimi Apostolorum*. Amén de analizar las causas del patricidio europeo, esta encíclica, escrita cuando los frentes se habían consolidado y cuando todo hacía prever que la guerra sería larga y cruenta, llamaba la atención sobre “la falta de amor mutuo entre los hombres” y añadía que el “odio de la raza nos ha llevado al paroxismo”. Raza equivalía a nacionalismo. Dibujaba planes generales para retornar a la paz, pero no ofrecía ninguno en concreto. La paz estaba por encima de todo. El Papa, como representante del Príncipe de la Paz, se emplearía a fondo; haría todo lo posible para que la paz volviese a reinar. Pese a las críticas del pasado y del presente, trató de mantenerse por encima de los intereses particulares de los contendientes, incluso de los italianos del presente⁴. La imparcialidad, además de ser la piedra angular sobre la que basaba su esfuerzo, era también el precio que debía pagar. Con la publicación de la *Ad beatissimi Apostolorum* quedaban fijados los grandes objetivos de su pontificado:

frenar la extensión del conflicto; preservar, en cuanto le fuera posible, los intereses de los católicos; y, sobre todo, preparar la posguerra por medio de una paz justa, larga y segura.

Hasta aquí todo parece claro. Sin embargo, la política internacional, altamente compleja, dificultaría su plan. Un fuerte lastre, algo que ciertamente le pesaría a la Iglesia en su misión de paz, fue que a la Iglesia, al menos en un principio, le interesaba sobremanera que las potencias no católicas –las más poderosas de los contendientes– no saliesen favorecidas o, al menos, no quedasen muy perjudicados los intereses de los católicos.

Otro inconveniente fue la no unanimidad dentro del mundo católico, incluso dentro de la misma Iglesia. Los católicos, conscientes de la autoridad moral del Papa, antes que miembros de la Iglesia católica, eran patriotas, habitantes de sus países en guerra: padres con hijos en los frentes, esposas y viudas de soldados caídos, huérfanos sin padre. El mundo católico resultó muy dividido, y las paradojas y equilibrios de la Santa Sede casi nunca satisficieron a sus hijos.

Con todo, la situación internacional, sobre todo si la comparamos con la del pontificado anterior, logró abrir la Iglesia. Se fueron retomando las relaciones con Francia e Inglaterra. Los Estados Unidos y su Iglesia comenzaron a tener un cierto peso en Roma. Las relaciones diplomáticas con estos y otros países se estimularon. Se consiguió, además, que estas nuevas relaciones se inspirasen más en lo espiritual, en lo pastoral y en lo caritativo que en lo propiamente político y doctrinal. La misión de la Iglesia adquiría, al lado de una humanidad herida, un rostro más humano. La Iglesia, bajo la guía del Papa y de Gasparri, y con la colaboración de los nuncios y los representantes políticos de las naciones, entraba en el mundo contemporáneo con una nueva sensibilidad. Con todo, el Papa y sus más directos colaboradores parecieron inclinarse más hacia los imperios centrales que hacia el resto de los contendientes. En esto se seguía la política de León XIII.

Gasparri, todavía muy dependiente de los supuestos diplomáticos de Rampolla,



pensaba que los intereses de Austria, país católico por excelencia, debían satisfacerse en primer lugar. Quizá lo que más les pesaba al Papa y a su secretario de Estado era que se sentían más inclinados al mantenimiento del statu quo en la política internacional que a una nueva cosmovisión. No tenían la suficiente visión para favorecer cambios radicales en el mapa mundial. El mantenimiento de Austria-Hungría como baluarte del mundo católico frente al socialismo, el anarquismo, el paneslavismo y el creciente poder de los sóviets era clave en la política vaticana. El Vaticano temía que la alianza de Inglaterra con Rusia llevase la Iglesia ortodoxa a Constantinopla.

¿Cómo fue saliendo la Iglesia católica de esta difícil posición? Clave, a juicio de la diplomacia británica, fue su lento restablecimiento de relaciones diplomáticas estables con los países contendientes. Política no querida por Italia. Una política en el fondo incierta y siempre muy expuesta a los contrarios intereses de los bandos contendientes. La Santa Sede trató de mantenerse en un difícil equilibrio. La Santa Sede no quería pronunciarse. Antes, argumentaba, debían ser ponderadas todas las circunstancias: no quería convertirse en un Comisionado Internacional para la Paz; ansiaba permanecer lo más libre posible, para poder continuar llevando a término acciones humanitarias. La Santa Sede lo único que quería, por el momento, era trabajar por la humanidad sufriente. Inclinarse por una u otra parte equivalía a echar por tierra el sueño de la paz. Algo que no entendía,

como parece natural, el primado belga, el cardenal **Mercier**.

Sin embargo, la entrada en la contienda de Italia, el 24 de mayo de 1915, dificultó en grado máximo la acción de Roma. La conclusión de la unificación italiana, el deseo de arreglar problemas internos, las ansias de pertenecer al partido vencedor por parte del débil Gobierno de **Salandra** fueron las razones que llevaron a Italia a la guerra. La Santa Sede, con la participación italiana en el conflicto internacional, vio alterada su tradicional política proaustríaca. Roma, no la Santa Sede, estaría en la mesa donde se firmaría la paz. Además, la Santa Sede, país neutral, no podría llevar adelante tan fácilmente su misión de paz cuando en todo y para todo dependía de los intereses de Italia. Con la entrada de Italia en la guerra, la Santa Sede era arrastrada a la guerra con Italia. La Iglesia católica se convertía en el primer enemigo de Italia. Así, el Colegio Alemán en Roma estuvo a punto de ser tomado por el ejército italiano; la Guardia Suiza y muchos eclesiásticos y civiles fueron llamados al ejército. Italia, en suma, como representante único de todos los intereses y problemas vividos dentro de su territorio, aspiraba a ocupar el lugar de la Santa Sede. El futuro de la Santa Sede no podía ser más negro. La cuestión romana palpitaba de nuevo⁵. El clero y parte del pueblo católico, como es natural, se dividieron; **Sturzo** y el diputado católico **Filippo Meda** eran partidarios de la intervención; **Giuseppe della Torre** y otros, siguiendo las decisiones de la Santa Sede,



no. El Papa, para una buena parte de la población italiana, era una de las personas más odiadas.

En medio de esta situación, la Santa Sede determinó, por una parte, continuar con el mantenimiento de las ayudas y socorros a todos los contendientes; y, por otra, decidió prepararse a nivel diplomático para cuando llegase el final de la guerra. Pasó de la emisión de notas y llamamientos públicos a la paz a la lucha por la ofensiva de la Paz. Lucha que culminó con la *Nota del 1 de agosto de 1917*.

IV. LA NOTA DEL 1 DE AGOSTO DE 1917

Pero, antes de pasar a la gestación y análisis de esta *Nota*, conviene que nos paremos en lo que Pollard llama la Obra humanitaria del Vaticano. Pese a los inconvenientes y limitaciones que, tanto dentro como fuera de Italia, sufrieron los recursos de la Santa Sede, su labor humanitaria cabe calificarla de eficaz, universal y muy humana. El 2 de diciembre de 1914 se publicaba en *L'Osservatore Romano* un decreto por el que se creaba una red de asistencia material y espiritual que beneficiase a todos los prisioneros; la sede de la Secretaría de Estado transformó sus oficinas en una moderna agencia de correos y paquetería desde la que fueron ayudados miles y miles de prisioneros; miles de soldados envueltos en el barro de las trincheras pudieron leer las cartas de sus padres y familiares; cientos de familias pudieron saber con seguridad el estado y la situación de sus hijos y amigos. Miles de niños en los confines de los campos de Bélgica y Francia, en un

primer momento, y más adelante miles y miles de personas pudieron saciar su hambre y sed los últimos años de la guerra gracias a la creación de pequeñas redes que, con las ayudas recibidas de los Estados Unidos y de España, satisficieron las necesidades del pueblo europeo en tan calamitosos tiempos. La Santa Sede, pese a sus diferencias con el Imperio turco, denunció la limpieza étnica llevada a cabo en Armenia, donde desaparecieron más de un millón de personas. Miles de capellanes, muchos de ellos bajo la dirección de la Santa Sede, acompañaron en el dolor y hasta en la muerte a los soldados caídos y prisioneros de la guerra. Las finanzas de la Santa Sede lentamente se fueron agotando. En la Navidad de 1914, el Papa hizo cuanto pudo para que, en el día del nacimiento del Señor, se celebrase en todos los frentes una jornada de paz; los rusos se manifestaron en contra. Pocos días después, el 10 de enero de 1915, el Papa publicó su *Oración por la Paz*. Oración no del todo bien recibida por



el clero y por los católicos de los países contendientes; en Bélgica y Francia, algunos sacerdotes alteraron el texto: pretendían que las oraciones de sus católicos beneficiasen a sus respectivos ejércitos.

La *Nota del 1 agosto de 1917* fue precedida por un texto dirigido a los gobiernos contendientes el día en que se celebraba el primer aniversario de la contienda, el 28 de julio de 1915⁶. Se exhortaba en él a todos los países a buscar la paz y se indicaba que la Santa Sede estaba dispuesta a ayudar en la búsqueda de la paz. Mientras tanto, arribaban a Roma embajadas de los católicos holandeses y belgas, representaciones de un grupo de pacifistas, mujeres llegadas de los Estados Unidos, y ofertas de pactos entre los beligerantes.

Sin embargo, ni el cardenal Mercier ni el rector del Instituto Católico de París, monseñor **Braudrillart**, estuvieron de acuerdo con estas iniciativas. Un paso en falso en las tentativas de la paz fue la reserva con la que fue acogida en el Vaticano una propuesta de paz (12-12-1916), un tanto indeterminada y vaga, venida de la todavía poderosa Alemania.

Pocos días después, el 20 de diciembre de 1916, el presidente de los Estados Unidos, **Woodrow Wilson**, muy en la línea de los textos del Papa, hacía una nueva propuesta: era necesario que entre todos buscaran la paz. El Vaticano acogió en la edición de *L'Osservatore Romano* del 24 de diciembre de 1916 dicha propuesta, que quedó empobrecida cuando los Estados Unidos rompieron sus relaciones con Alemania y, sobre todo, cuando en abril de 1917 entraron en guerra.

Con el ingreso de los Estados Unidos en la contienda y con el inicio de la Revolución rusa en febrero de 1917, el temor a una crisis mundial llevó a muchos grupos sociales y a muchos hombres de buena voluntad a la búsqueda de la paz. En consecuencia, el verano de 1917 se presentaba como un tiempo propicio para negociar la paz; más cuando en Alemania, pese a su supremacía militar, estaban creciendo los deseos de paz.

Sin embargo, la realidad seguía siendo muy cruda. Los alemanes no estaban dispuestos a conceder la independencia

a Bélgica. En el verano de 1917, **Eugenio Pacelli** fue nombrado nuncio en Baviera; pudo auscultar el clima alemán y manifestar cuáles eran las condiciones sobre las que trabajaba por entonces la Santa Sede. Eran estas: limitación general de los armamentos, institución de tribunales internacionales, restablecimiento de la independencia de Bélgica y la firma de acuerdos en firme sobre la Alsacia-Lorena y sobre otros territorios.

Sobre estos puntos está basada la *Nota del 1 agosto de 1917*⁷. Iba más allá de un simple intercambio de puntos de vista y de un elenco y reconocimiento de los derechos de los pueblos. Proponía puntos concretos para llegar a una paz justa y duradera. Eran estos: simultánea y recíproca disminución de armamentos; creación de un arbitrio internacional; libertad y comunidad en el dominio de los mares; recíproca renuncia a las indemnizaciones de la guerra; evacuación y reconstrucción de todos los territorios ocupados; y, por último, una conciliación de las pretensiones territoriales de todos los rivales. Era la primera vez que alguien en el curso de la guerra bajaba a detalles concretos, lo que, evidentemente, no fue del gusto de ninguno de los contendientes.

Pero había algo más. Benedicto XV, tal como se puede leer en su correspondencia privada con el nuevo emperador **Carlos I**, había advertido que el Imperio Austro-Húngaro podía desintegrarse y, con él, iniciarse la siempre difícil construcción de un nuevo mapa político europeo, ahora tanto más difícil cuanto más pequeños serían los nuevos protagonistas. Las nuevas nacionalidades reclamaban formar parte de la nueva Europa. Ante un nuevo mapa mundial, la Santa Sede pensó que el papel de Polonia tendría que ser mucho mayor de lo que había sido antes. Polonia podría ser un freno ante Rusia y Alemania. No pensaban así los Estados Unidos y Alemania. Su política de paz era diametralmente opuesta a la de la Santa Sede.

La opinión pública internacional denunció que la *Nota pontificia* había sido inspirada por Austria-Hungría; la prensa inglesa la tachó de partidista. Francia e Italia la rechazaron sin más. No estaban dispuestos a que la dirección



militar que por entonces gobernaba Alemania (**Hindenburg** y **Ludendorff**) y su exitosa política de los submarinos, marcará el rumbo hacia la paz. Además, en el caso italiano –como hemos expuesto más arriba–, el rechazo de la *Nota* equivalía a una defensa de su propia política nacional que de ninguna de las maneras deseaba ver acrecentado el poder de la Santa Sede. Los Estados Unidos, en una carta firmada por su presidente –en el fondo, como se ha reconocido más tarde, firmada por todos los aliados–, sostenían que, simplemente, no se podían fiar de Alemania y que, cuando en Alemania hayan cambiado las condiciones y se hayan dado los pasos necesarios e imprescindibles para la instalación de una verdadera democracia, se podrían poner las bases de una paz segura. Con todo, Wilson –en su famoso discurso de los *Catorce Puntos* (enero de 1918)– recogía los temas formulados meses antes por Benedicto XV.

Aun cuando –al decir de Monticone– la *Nota del 1 de Agosto de 1917* tuvo un eco muy favorable en la opinión pública internacional y su prestigio internacional fue reconocido, el Papa consideró aquella hora como la más amarga de su vida. Nadie le quería escuchar.

Después de todo, creemos que no se puede hablar de fracaso. La Iglesia católica ganó en medio de la tragedia gran autoridad moral. Finalmente, terminada la guerra, la Santa Sede no aceptó de buen grado el que se acabara imponiendo el artículo 15 del Tratado por el que Italia, como país soberano en el que se asentaba la capital de la Iglesia, debía representar todos los intereses de Italia, incluidos los de la Iglesia. Benedicto XV y su representante en Versalles, monseñor Cerretti, se mostraron muy críticos ante la dureza con la que fue tratada Alemania. También mostraron su desacuerdo cuando fue aplicado el principio de Wilson por el que diversas nacionalidades podían optar por sí mismas como naciones libres e independientes. Estas nuevas naciones, las nuevas naciones eslavas –al decir de Gasparri–, al no poder ser autosuficientes, serían siempre muy vulnerables frente a la amenaza de los bolcheviques y frente a otros intereses internacionales. En consecuencia, no aprobó la creación de Yugoslavia.

Tras la firma del Tratado de Versalles, el pensamiento y las preocupaciones de la Iglesia católica sobre la paz quedaron manifiestos en tres encíclicas: en la primera, la *Pacem, Dei Munus Pulcherrimum* (23 de mayo de 1920), el Papa, complementado por un artículo de *La Civiltà Cattolica* (19 de junio de 1920), volvía a repetir que la paz que se había dado Europa no sería duradera, y no lo sería porque los principios de la caridad y justicia habían sido sustituidos por los de la hostilidad entre los pueblos y el egoísmo de las naciones; en esta encíclica se proponía un desarme mundial y se animaba a



Conferencia de Paz de París (1919)



Firma del Tratado de Versalles (1919)

estructuras de la Iglesia se centralizaron todavía más, especialmente en todo lo relacionado con el nombramiento de los obispos. A la publicación del Código siguieron la renovación y firma de nuevos concordatos. Al hilo de este esfuerzo, en el que destacaron de manera especial Gasparri y el joven Eugenio Pacelli, nacieron la Comisión Pontificia para la Interpretación de los Textos y una escuela de estudios canónicos.

La Curia romana, como estamos comprobando, se fue renovando con la creación de nuevos órganos. El 1 de mayo de 1917 se creaba la Sagrada Congregación de las Iglesias Orientales. Con ella, el Papa declaraba su preocupación por los cristianos de las Iglesias orientales y manifestaba sus deseos de llevar adelante medidas capaces de mantener la presencia de la Iglesia católica en medio de las nuevas naciones salidas del Imperio otomano, en las que para nada contaban los cristianos. Con todas estas medidas, se quería poner freno a los proyectos de la nueva Rusia, que perseguía hacer de Constantinopla el centro de la cristiandad eslava y ortodoxa, y de Santa Sofía, su símbolo y su catedral. La inestabilidad que siguió a los tratados de Sevres y Versalles, la cierta pérdida del poderío ruso en estas regiones y la derrota de los griegos frente a la nueva Turquía de Kemal Atatürk, vinieron en ayuda de los planes de la Iglesia de Roma. Todo este clima favoreció el contacto de Occidente con Oriente y la reconsideración por parte de los católicos de las figuras más ilustres del Oriente cristiano. San Juan Crisóstomo, san Gregorio Nacienceno, san Basilio fueron mucho más conocidos y aceptados. En 1920, por medio de la encíclica *Principi Apostolorum Petro* (5 de octubre de 1920), san Efrén era proclamado doctor de la Iglesia.

Dignas de destacarse fueron sus encíclicas *Maximum illud* (30 de noviembre de 1919) y *Spiritus Paraclitus* (15 de septiembre de 1920).

Benedicto XV, al menos en un principio, continuó el programa que sobre las misiones exteriores había proyectado su antecesor. Hasta el final de la primera década del siglo XX, el trabajo en las misiones exteriores no era ni muy voluminoso ni muy

B I B L I O G R A F Í A

- AUDOIN-ROUZEAU, S. y BECKER, A., 14-18. *Retrouver la Guerre*, París, 2000.
- DELATTRE, Pierre, SJ, *Les luttes présentes du catholicisme en Europe centrale*, París 1930, 188 pp.
- GARZIA, I., *La Questione Romana durante la Prima Guerra Mondiale*, Nápoles, 1981.
- LATOUR, F., *La papauté et les problèmes de la paix pendant la Première Guerre Mondiale*, París, 1996.
- LAUNAY, M., *Benoît XV (1914-1922). Une pape pour la paix*, París, 2014.
- MONTICONE, A., *Il pontificato di Benedetto XV en la Chiesa e la società industriale (1878-1922)*, a cargo de GUERRIERO, E. y ZAMBARBIERI, A., Roma, 1990, pp. 160-190.
- POLLARD, John F., *Il Papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace*, San Paolo, Cinisello, 1999.
- SCHENK SANCHÍS, J. y CÁRCEL ORTÍ, V., *Benedicto XV, Papa de la paz*, Edicep, Valencia, 2005.

los gobiernos de toda Europa a luchar por la unificación europea. En la *Paterno Iam Diu* (24 de noviembre de 1919) y en la *Annus Iam Plenus* (1 de diciembre de 1920) se exponía el dolor del Papa, así como su cuidado y solicitud por miles y miles de niños europeos necesitados de ayuda y consuelo. El 28 de diciembre de 1921, en toda Europa se pedía dinero para los niños de la guerra; una iniciativa pronto olvidada, pero que creó escuela en su tiempo.

Descompuestos los imperios centrales, los males que para los intereses de la Iglesia católica se siguieron, cuando también se desintegró el Imperio otomano, no fueron menos. Roma desaprobó la propuesta inglesa de crear una patria hebrea en Palestina. Temía que la presencia de los judíos

en los lugares santos y la compra de las propiedades de los empobrecidos católicos y musulmanes de estas regiones acabarían afectando a la cultura y a los católicos de estas regiones. Hubiera preferido que la presencia de Francia se hubiese mantenido por más tiempo.

La diplomacia vaticana, tal como hemos indicado más arriba, una vez firmada la paz, pudo recoger frutos. Estableció relaciones diplomáticas con todos los nuevos países surgidos de la descomposición de los imperios centrales. Mucho más importante fue el restablecimiento de sus relaciones con Gran Bretaña, Francia, Alemania, Holanda y Suiza y, de no haberse interpuesto Francia, también se habrían logrado con China y, por supuesto, Italia. El Vaticano y el papa Benedicto fueron visitados y saludados por los gobernantes de todas las naciones. El aislamiento en el que por diversas razones había caído el papado se rompió gracias a los sufrimientos y al empeño del Papa: la Iglesia debía estar al servicio del mundo y de sus angustias y necesidades.

V. EL GOBIERNO INTERNO DE LA IGLESIA: LAS MISIONES Y LA CULTURA

El gobierno de Benedicto XV no puede reducirse tan solo a sus iniciativas frente a la guerra. Dignas de mención son la publicación del Código de Derecho Canónico (1917), "piedra miliar en la historia de la Iglesia". Conocemos la importancia que Pío X concedió a la codificación del nuevo Código. Este, después de una muy laboriosa elaboración, quedó organizado armónica y orgánicamente en cinco libros.

Con su publicación salió reforzada la autoridad del papa y de su curia; las

atrayente. Con todo, gracias al esfuerzo del cardenal **Serafini**, prefecto de Propaganda, y, sobre todo, gracias a la laboriosidad de algunos sacerdotes, se fueron dando pasos hacia la reanimación de la vida misionera de la Iglesia católica. En 1916, Roma reconocía la Unión Misionera del Clero, fundada en Milán en 1908. Se pretendía que, dentro de cada diócesis, hubiese una asociación de sacerdotes capaces de movilizar a sus Iglesias de cara a la ayuda en dinero y en personas a las Iglesias misioneras. Mucho más decisivo fue el traslado a Roma, desde París y Lyon, de la Obra de la Propagación de la Fe. No menos importantes fueron los cambios iniciados en la selección y preparación de los nuevos misioneros. Se optaba por el clero indígena frente al clero de los países colonizadores. El futuro de la Iglesia católica pasaba por la creación de pujantes Iglesias nacionales, a ser posible autónomas y autosuficientes.

Tarea llena de dificultades, a las que habrá que sumar las repercusiones de la guerra. Cuando esta vio su fin y los aliados en la Conferencia de Paz de Versalles –al menos, en la primera redacción del número 438 de los Tratados de la Paz– pusieron en peligro el futuro de las misiones católicas, la Iglesia consideró llegada la hora de afrontar sus misiones exteriores con la máxima independencia de los estados. La Iglesia consiguió que las misiones creadas por los católicos les fueran entregadas a católicos procedentes de otros países y que los consejos de administración estuviesen formados únicamente por católicos.

Logrado esto, el 30 de noviembre de 1919 se publicaba la *Maximum illud*. Su primera parte está dirigida a los responsables de las misiones; la segunda, a los misioneros. Será en esta donde se denuncie la tendencia a identificar misiones con colonias, confundiendo los intereses de estas con los intereses de aquellas. Dicha mixtificación era calificada como peste horrible. Abogaba, en consecuencia, por respetar la cultura del país, por el conocimiento y aprendizaje de sus lenguas, por el fomento de las vocaciones misioneras autóctonas, por su excelente formación y por la



Uno de los muchos cementerios que dejó la Gran Guerra

promoción de sus sacerdotes en el gobierno de sus Iglesias. “El misionero, se decía, era enviado por Cristo, no por su patria”.

Con estos supuestos, a nadie le puede extrañar el interés de la Iglesia de Roma por formar sacerdotes y, más adelante, ordenar obispos con el ánimo de entregarles la dirección y el gobierno de sus respectivas Iglesias. En 1920 se abrieron un seminario en isla Mauricio y un gran colegio en Malasia. En China se estableció el seminario regional de Tatung. En 1920 fueron beatificados dos grupos de mártires cristianos nacidos no europeos: los mártires de Uganda y los mártires de la revolución de los bóxer de comienzos del siglo XX en China. El colegio romano de la Propaganda Fide fue reorganizado y, con él, una serie de instituciones misioneras, nacidas al comienzo de la segunda mitad del siglo XIX. El catolicismo, mientras tanto, crecía en la India, en el Congo, en Ruanda y hasta en Japón, a donde a petición del mismo gobierno fue enviado el primer delegado apostólico, el italiano **Fumasoni Biondi**. En 1924

Pío XI consagraba en San Pedro seis obispos chinos.

En la *Spiritus Paraclitus* (1920), ya casi al final de la deriva de la marea antimodernista, el Papa tomaba la palabra para ir un poco más lejos de su predecesor León XIII. Son muchas las hipótesis que se han hecho sobre las razones que llevaron al Papa a publicar esta encíclica. Por una parte, quería reforzar los juicios de sus predecesores; por otra, apoyando el debate que por aquellos días mantenía *La Civiltà Cattolica* sobre el evolucionismo y sobre la posición de la Iglesia frente a la teoría de **Darwin**, reafirmaba la inerrancia de la Escritura y, al mismo tiempo, que Dios era el autor de la creación del mundo. Pero, tal vez, lo más novedoso de esta encíclica sea el esfuerzo por orientar todas las fuerzas de los exegetas no solo a los evangelios, sino a la totalidad de la Biblia; los evangelios no bastaban en las nuevas condiciones culturales para satisfacer las inquietudes del nuevo ser humano que por aquellos días estaba naciendo⁸.

CONCLUSIÓN

Persona de gran piedad, aunque –al decir de su amigo **Carlo Ponti**– silenciosa, su pontificado ha sido calificado por los historiadores como un tiempo que pacificó la Iglesia y curó las heridas abiertas por el Modernismo. Fue un papa con el que la Iglesia comenzó a asumir su fisonomía moderna desde posiciones y basamentos cristianos: relaciones pacíficas y abiertas con todos los estados, preocupación por las nuevas cristiandades de la Europa Oriental y las que nacían en los continentes de misión. Más allá de sus logros, lo esencial de su corto pero intenso pontificado fue el que sus líneas programáticas fueron continuadas por sus predecesores no desde la supremacía del poder de la Iglesia, sino desde la cercanía del padre y pastor.

NOTAS

1. POLLARD, John F., *Il Papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace*, San Paolo, Cinisello, 1999. DELATRE, Pierre, SJ, *Les luttes présentes du catholicisme en Europe centrale*, París, 1930.

2. Ad Universos Orbis Catolicos, en *La Civiltà Cattolica*, 1542, 9-9-1914, I-IV.

3. OSSANDÓN, María Eugenia, “Una aproximación a la acción humanitaria de la Santa Sede durante la Primera Guerra Mundial, a partir de fuentes publicadas”, en *Annales Theologici* (2009), pp. 311-351.

4. El historiador serbo-americano Dragan Zivojinovic lo tachó de proitaliano.

5. GARZIA, I., *La Questione Romana durante la Prima Guerra Mondiale*, Nápoles, 1981.

6. Puede leerse en *La Civiltà Cattolica*, vol 3, 7 de agosto de 1915, p. 259.

7. MONTICONE, A., *Il pontificato di Benedetto XV*, en *Storia de la Chiesa*, vol. XXII/1, Guerriero, E., (dir.), Milán, 1990, pp 185-187.

8. *La Civiltà Cattolica*, 71, 3 (1920), p. 427.

PPC

ANA MARÍA SCHLÜTER

CANTOS RODADOS
Mi camino hacia el zen
Ana María Schlüter
PPC

36 X CRUCE

NO VE DAD

CANTOS RODADOS

Mi camino hacia el zen

136 pp., 12 €. Disponible en eBook

La autora rescata aquí el valor del «entre» referido al ámbito compartido entre budismo zen y cristianismo. Cuenta cómo se ha ido dando en ella este «entre» y a qué descubrimientos, reflexiones, discernimiento, posturas y acciones la ha llevado. Una ayuda en estos tiempos de encuentro –teórico y práctico– entre dos grandes tradiciones espirituales de la humanidad.

DE LA MISMA AUTORA

LA LUZ DEL ALMA

El tesoro escondido de los cuentos

2ª ed., 176 pp., 14.50 €. Disponible en eBook

EL CAMINO DEL DESPERTAR EN LOS CUENTOS

2ª ed., 178 pp., 12 €

EN www.ppc-editorial.com

TLF.: 91 428 65 90

MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com

Instituto Superior de Pastoral

Inicio de curso el 15 de septiembre

Licenciatura y Doctorado Teología Pastoral

Actualización Teológico-Pastoral

Formación Permanente para laicos

Máster en Pastoral de migraciones y movilidad

Máster en Pastoral penitenciaria

Máster en Acción pastoral de la Iglesia

Lectura creyente de la actualidad

Jornadas de preparación litúrgica

XXVI Semana de Teología

Pastoral (27-29 enero 2015)

Profesores de religión: DECA



UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

FACULTAD DE TEOLOGÍA - CAMPUS DE MADRID
CURSO 2014/15

INFORMACIÓN

<http://instpast.upsa.es>
Paseo de Juan XXIII, 3. 28040 Madrid
Tfno. 915340983
pastoralupsa.secre@planalfa.es